

muerte de un presidente

“—Señor Presidente: ¿por qué vale la pena morir?”

—Por aquello sin lo cual no vale la pena vivir...”

No es tan fácil morir, después de todo.

Ya nada suena atronadoramente, ni nada es grito, carreras, ni columna derrumbada, pero es posible, aún, hacer un quiebro a la muerte. Lo sabe cuando siente como un carbón encendido en la boca y, aunque no puede levantarse, nota el pulso firme y no se le nubla delante de los ojos ese cielo último de las tres y cuarto de la tarde.

El frío de las siete, al amanecer, le había despertado con la primera noticia, esperada durante tantos días lentos.

Frío mortal, después, al pasar por las calles hacia el lugar preciso, ineludible.

El reloj señalará las 7,50 cuando ha de hablar por la radio; porque es verdad, al fin, la sublevación. Y es verdad la carta decisiva en el tapete, mientras al eco de las metralletas se encadena el picado de los aviones sobrevolando el silencio de los campanarios.

A las 9,30 tiembla el asfalto con el reptar estridente de los tanques.

A las 12,10, un cerco de fuego.

.....
... Y a las tres y cuarto de la tarde, su cabeza sobre un cojín de terciopelo grana que va empapándose de sangre caliente...

Pero no va a morir, porque ya estarán llegando los hombres del campo y de la mina, los del taller y los de las fábricas. Los lastimados de siglos, con la voz que él les ha dado para siempre. Hace seis días, un millón de hombres con la garganta rota. Victoriosamente rota.

... Y no estaban allí, a las tres y cuarto de la tarde. Y ya no había más que morir del tiro, de la soledad, de la tristeza y del asco.

Fue un martes 11 de septiembre. El miércoles, en el Mercado de Valores, subirían *cuatro enteros* las Acciones de "Anaconda, S.A.", antes de las tres y cuarto de la tarde...